



Claudio Novillo

*Guerrera de Ébano*

---

Relato Histórico Novelado  
**GUERRERA DE ÉBANO**

Por Claudio Novillo





**Claudio Novillo**

*Guerrera de Ébano*

Copyright© **Claudio Novillo**, 2019

Buenos Aires - Argentina

Edición Digital: © 2019

**C.N. PRODUCCIONES** - Argentina

*cnproducciones@aol.com*

Diseño de la cubierta: **Claudio Novillo**

Primera Edición

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Queda hecho el depósito que exige la Ley Nº 11.723.

Es Propiedad del autor.



*Dedicado a mis mujeres  
Para Alita, la madre de mis hijas.  
Quién significa más, de lo que  
las palabras pueden expresar.  
Mis amadas hijas,  
columnas vertebrales:  
**Juliana, Paula y María José.**  
Mi nieta **Martina**, que  
ya se perfila.  
Y mi querida madre: **Zizita.***

## Prólogo

Esta obra está basada en hechos reales y enmarcada en el estilo literario de un relato histórico novelado, buscando constantemente, estímulos visuales y conceptuales que ayuden a vivenciar lo que se quiere transmitir.

La mayoría de sus protagonistas son verídicos. En algunos eventos fueron sustituidos algunos nombres reales junto a la adición de otros de existencia ficticia, para dar mayor vuelo al relato, aunque las figuras principales mantienen su nombre real.

La historia está inspirada en la vida de una mujer parda que, por su actividad, tuvo incidencia en sucesos importantes de la época colonial y posteriormente durante el proceso independentista.

Su protagonista, María Remedios del Valle, quedó en la historia como "*La Madre de la Patria*". Una parda de nacimiento, como lo determinaba el sistema de castas vigente. Además de la desigualdad étnica se sumaba la adquirida sólo por ser mujer, situación que ella demostraría a lo largo de su vida, que no estaba decidida a obedecer.

Fue madre, hermana, hija y esposa, pero sobre todo, fue una guerrera. Nació en Buenos Aires a mediados del siglo XVIII, participó en la defensa de Buenos Aires en las invasiones inglesas y acompañada de su marido e hijos, formó parte del Ejército Auxiliar del Alto Perú primero y del Norte luego, siendo protagonista de una triste historia de injusticia y olvido.

Rudyard Kipling escribió en su curioso poema "*The female of the species*" que la hembra de cualquier especie, incluyendo la humana, es siempre más letal que el macho. Históricamente

la guerra fue cosa de hombres y se excluyeron a las mujeres de la vanguardia de los ejércitos; sin embargo, la imagen de la mujer armada y peligrosa blandiendo una espada o abatiendo enemigos con arco y flechas, abunda en muchas mitologías.

En el Virreinato del Río de la Plata, las mujeres de todas las clases sociales tuvieron un rol primordial durante la revolución y la instrumentación militar que acompañara el proceso. Muy diversas fuentes revelan que la presencia femenina en los campamentos militares y en los campos de batalla de la época, fue una constante.

De manera particular, en el noroeste y en el Alto Perú, el sistema de mujeres cuarteleras estaba tan bien diagramado que incluso tenían el nombre de "rabonas" y en algunas unidades su número llegó a ser superior al de los soldados.

Las mujeres siempre fueron asociadas a los sentimientos, a la bondad, a cuidar, al perfil bajo y a la delicadeza. A esto podríamos agregarle que físicamente son menos fuertes que los hombres, aunque esto no se cumple en todos los casos.

Bajo estos estereotipos, se entiende porqué fue tan difícil imaginar damas luchando en una guerra. En las batallas todo era violencia, y para triunfar se debía ser fuerte, despiadado y sin corazón -características que pocas veces fueron otorgadas a las féminas-.

Fue así que, la participación de la mayoría de las mujeres durante las guerras, se limitó a la alimentación de los soldados, remendar uniformes y cuidar las heridas de quienes habían caído en batalla.

Pero la experiencia de Remedios y el cómo las mujeres se comportan en algunas situaciones, demuestra que sus



**Claudio Novillo**

*Guerrera de Ébano*

habilidades fueron subestimadas. Cuando la situación lo amerita pueden ser tan estratégicas, crudas y brutales como lo es cualquier hombre. El problema es que cuando así se comportan, se les otorgan calificativos de machona, loca, histérica, resentida y un tristísimo etc..

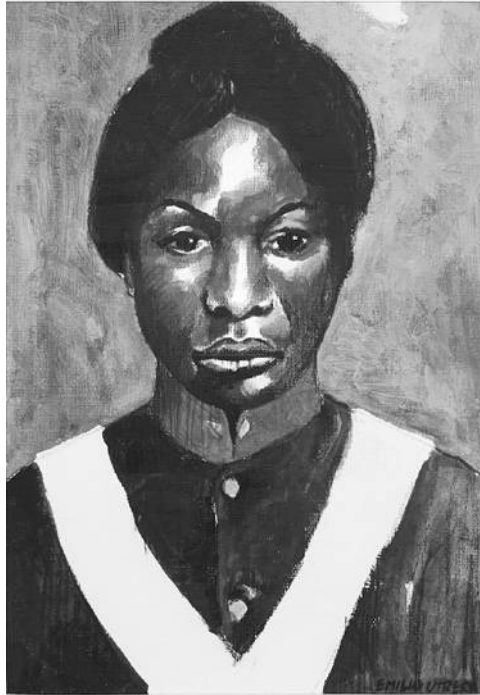
Las mismas habilidades que en los hombres son vistas como fortalezas, en las mujeres constituyen algo negativo. Y sobre todo, históricamente, se malgastó su generosa capacidad de maquinarse y crear cosas increíbles. Inclusive, invisibilizando a las pocas mujeres que lograron romper con este estigma.

De esto trata la novela. Volver visible a una "negra" a una "mujer". Que lo diera todo por su patria, por sus sueños.

Concluida la guerra, con mucha pena y sin ninguna gloria, regresó. La indiferencia la recibió en la ciudad de Buenos Aires. Pasó un largo tiempo golpeando puertas y escribiendo misivas a quienes habían sido sus pares en el campo de batalla sin obtener respuesta. Sumida en la indigencia, se refugia en una casona derruida de las afueras, hasta que el hambre y el desamparo la conducen a mendigar en las iglesias, en el puerto o en la Plaza de la Victoria; llegando incluso a recurrir a las sobras que le tiran a los perros, para poder alimentarse.

—¿Cómo había terminado así?—Se preguntaba cada día. Cada noche se acostaba en una cama que no era suya y que olía a miseria, un horrible hedor a miseria y a olvido.





Capitana **María Remedios del Valle** (1767 - 1847)  
Por su comportamiento, el General Belgrano la designa "*Capitana del Ejército*". Los soldados la llamaban "*la madre de la patria*".

Relato Histórico Novelado  
**GUERRERA DE ÉBANO**

Por **Claudio Novillo**





Claudio Novillo

*Guerrera de Ébano*

Ese día de junio de 1827, tras las intensas lluvias que duraron varios días, el cielo amaneció con una hermosa tintura de azul intenso. Una suave y templada brisa subía desde el río.

Los sonidos del poblado desperezándose, se desparramaban ante una nueva jornada que se iniciaba mansamente, como todas las mañanas. Aquel invierno no había arribado inclemente, sino extraño. Demasiado caluroso para ser invierno.

En la ciudad de Buenos Aires, se vivía una etapa de gran prosperidad económica, principalmente, por el crecimiento del sector ganadero, la instalación de numerosos saladeros de carne y las exportaciones de cueros; ayudados por la comunidad inglesa -principalmente irlandeses - y la francesa dedicados al comercio. Aunque la sociedad, estaba un tanto alterada, por los enfrentamientos constante entre unitarios y federales, sumados a los cinco años de guerra con el Brasil.

Si bien fue establecida por Garay con el nombre de "Ciudad de la Santísima Trinidad en el Puerto de Santa María de Buenos Ayres", la importancia comercial que adquiriría precisamente por su condición portuaria, definieron el nombre con que sería conocida en el mundo: Buenos Aires.

Detrás de las albarradas se movían inquietos pollos y pavos, mientras perros bien alimentados, se desgañitaban ladrando. A grito pelado el sereno, reloj y barómetro ambulante, voceaba:

—¡Las nueve han dao y sereno!— Iba rondando las





calles principales, apagando los últimos faroles. Desde siempre, los porteños, no fueron de andar amaneciendo temprano.

Un carretón tirado por bueyes y portando un pesado tonel de grandes dimensiones, iba chorreando agua con su acompasado bamboleo. Sobre él, un esmirriado joven, gritaba a viva voz:

—Agüita pura pa los patrones, agüita fresquita y a buen precio. ¡No más de medio real!

La falta de agua potable en la ciudad, generó la presencia de los llamados aguateros; los que debían extraerla del río desde los lugares más convenientes, cargarla en toneles y distribuirla por la ciudad. Y si... ya en ese entonces el agua se vendía, y a muy buen precio.

Una mujer ya entrada en años, con pasos ágiles y felinos, caminaba por el veredón esquivando algún lodazal, charcos y alguna rata moribunda.

Era el primer día, luego de más de una semana de lluvias persistentes, que el sol se dejaba ver a pleno. Próxima a la esquina, se topó con una carreta de grandes proporciones, cargada con cuatro toneles repletos de pescado. Su destino era el mercado, pero el pisar unos adoquines sueltos, le produjo una contorsión inapropiada resultando que el peso del carromato, recayera sobre su rueda izquierda, la que mordiendo el borde alto de la profunda cuneta, se partió.

Sus dos bueyes que se adivinaban blancos, fueron atados "de prepo" a las rejas voladas de un gran ventanal, para disgusto de una morena que barría la vereda.



El cochero ya dispuesto a reparar la avería, se tomaba su tiempo displicentemente, a la vez que el carromato bloqueaba la angosta callecita empedrada, impidiendo el paso. El conductor, un viejo mestizo, miró de reojo y mientras arrojaba su "chala" consumida la interrogó:

—¿Qué la van corriendo lo espíritu... abuela?

Ella había perdido hacía demasiado tiempo, las ganas de hablar. Por respeto contestó escuetamente y al paso:

—No amigo. El primer barco del día ha llegao y di seguro, han de traer gringos, que son de dejar buenas propinas...

La mujer no esperó respuesta, continuó a paso rápido hasta un parador ubicado casi sobre la costa, cerca del puerto, donde precarias carretas, transportaban pasajeros y mercaderías recién arribadas.

A un costado, se podía observar el muelle derruido; la última gran tormenta del 21 de agosto de 1820, lo había dejado maltrecho. Las radas exterior e interior eran fondeaderos abiertos, pero ninguna de ellas habían quedado operativas, desde aquel momento.

Ya cerca de las carretas podía escuchar el enojo de los transportados, por sus fuertes rezongos. La molestia de los pasajeros no era para menos. En la zona de descenso el agua estancada, el lodo, junto a animales en descomposición y restos indescriptibles, configuraban una visión donde ni paisaje, ni olor, eran gratos.

Como la profundidad del Río de la Plata era escasa, los



barcos no podían acercarse al puerto, debiendo desembarcar muy lejos de la costa donde los viajantes hacían trasbordo, primero a pequeños botes y luego a estas rudimentarias carretas, que finalmente, los dejaban sobre tierra firme.

Un par de enormes ruedas unidas por un eje central giraban holgadamente, sobre puntas cónicas, lubricadas con sebo. Sobre los soportes del travesaño principal, se montaba una especie de caja de madera de no más de 40 centímetros de alto, con unos asientos de madera desvencijados, cubiertos con pellones, utilizados normalmente, para cubrir monturas.

Sobre el piso iban clavados 4 o 5 listones de madera, separados por un centímetro. Por el constante roce de la carga, estaban muy desgastados e invariablemente inundados. Con paredes de cuero estirado, tres caballos enganchados a un largo tiro, se encargaban de desplazar el carro. Algunos hombres semidesnudos, de descuidada apariencia y peor vocabulario, los conducían. No eran para nada, un buen comité de bienvenida.

Ya era más que obvia la necesidad de levantar muelles y dársenas adecuadas para la importante ciudad, pero al parecer no había dinero, ni obreros especializados, ni decisión política de hacerlo. De hecho, estaban esperando el arribo de doscientos irlandeses prometidos por el coronel O'Brien, un viejo oficial de José de San Martín, para encargarse de la obra.

Las embarcaciones, en su gran mayoría, arribaban bien entrada la noche o muy temprano por la mañana. La constante circulación de pasajeros junto a las más variadas mercancías y suministros para los navíos, ge-



Claudio Novillo

Guerrera de Ébano

neraban un animado movimiento en la zona. Cientos de marineros de todas las naciones, entrando y saliendo de almacenes y pulperías, mostraban el lugar con un abigarrado aspecto.

—En este lugar, todos hablan en inglés. Cualquiera desconocido que arribe, pensará de seguro, que estamos en una colonia británica.— Expresaba un criollo con fastidio, mientras acomodaba unas pesadas bolsas de yute.

El puerto estaba abarrotado, ya que era día de arribos. La mujer apoyada en un noray fuera de uso -elemento de hierro para sujetar amarras- fumaba un chala diminuto. No pudo evitar oír una frase de una conversación que mantenían unos hombres que pasaron caminando a su lado.

—Si no sabes inglés, no hace falta ni que te molestes en buscar trabajo en el puerto.

Le hizo gracia y a la vez le dio mucha rabia. Desistió permanecer en el lugar, así que con la misma agilidad, volvió sobre sus pasos con dirección a la Plaza de la Victoria.

Ella venía desde la zona de quintas, en las afueras de Buenos Aires, donde vivía en una casona derruida, junto a varios desamparados; antiguos esclavos negros, indios y algún mestizo.

La vida era muy difícil y peor aún la convivencia. Cada día caminaba hasta el puerto de Buenos Aires o hacía los atrios de las iglesias de San Francisco, Santo Domingo y San Ignacio o hasta la plaza de la Victoria. Allí ofrecía



pasteles y tortas fritas que una parda bondadosa, le conseguía para que se gane la vida. Pero, lo único que le rendía, era mendigar para poder apenas sobrevivir.

Hacia poco tiempo que habían sido empedradas las principales calles de la ciudad. Comenzó a subir por el camino que con una suave pendiente, la conducía al centro del poblado. El paisaje fue mejorando. Casas de mampostería, con tejas de barro fueron apareciendo en hileras perfectas, donde sobresalían a lo lejos, los campanarios de las iglesias.

El estilo de estas propiedades, derivaban de las antiguas casonas romanas. Disponían de numerosas habitaciones en torno a un patio central. Las familias importantes tenían casas de hasta tres patios. El primero de los señores, el segundo del servicio y el tercero un parque, poblado de árboles frutales, plantas, flores y un corral.

De altas fachadas, con grandes ventanas y balcones con rejas voladas que daban a la calle. Un portón de hierro en la entrada, a continuación la puerta principal de madera y luego el zaguán, que conducía al interior de la vivienda.

Desde una de estas casas, un poco más grande que las demás, apareció una negra entrada en años y en kilos, a barrer el veredón con una escoba de hoja de palma. Tenía adelante, un gran jardín cuidadosamente ornamentado y un espacioso corral en el fondo, rodeada por un muro bajo, pintado de blanco. Junto al terreno, algún vecino estaba construyendo una casa nueva.

—Tenga un buen día, doña María Remedios. —Dijo la negra con ojos saltones, una sonrisa brillante y un dejo



Claudio Novillo  
de admiración.

*Guerrera de Ébano*

—Buenos días ña Ramona, saludeme a su patrona amiga. – Contesto Remedios.

—Por supuesto. Ya sabe mi negra, como me la quiere Doña Casamayor. No se olvide que si anda cerca, aquí tiene un plato de comida pa cuando guste.

—Hay Ramonita que sería de mí, sin personas como ustedes....

La morena alzó su mano en señal de despedida y continuó su marcha sumida en sus pensamientos:

—Cuantos años sirviendo a mí patria. Cuidando a estas personas, compañeras de destino. Amando a esta, mi tierra. Ahora la recorro vencida, harapienta y cansada. Con el alma vacía de sueños y deseos. Veo gente y más gente que ni recuerdo al parecer, también he perdido mis triunfos en algún lugar del tiempo. —Se decía mientras caminaba.

Ya en la Plaza de la Victoria, a las afueras de la Iglesia Mayor, un edificio a medio construir y con derruidas paredes -recién fue consagrada en 1836 y transformada en Catedral Metropolitana-. la mujer frenó su andar apostándose en la entrada, para dar inicio a su cotidiano, odiado y entrenado acto:

—Patrón, patrona un décimo para esta pobre negra olvidada de Dios. Patrón, patrona un décimo para esta negra peleadora de la independencía.

Prefería ese lugar pues en otros, la gente acostumbraba



a dar por limosna lo que tuvieran a mano, nunca dinero y allí, lo que dejaban, eran precisamente monedas.

Muchos de los transeúntes que pasaban a su lado, ni la notaban; otros mostraban un gesto de fastidio, sólo preocupados por no rozarla. Pero estaban aquellos otros, los que importaban, los que se detenían y dejaban caer una moneda, en esa blanca y callosa palma.

Dudo un instante, pero el sonido proveniente del interior de la Iglesia era hermoso, le hacía acordar a su madre.

Ingresó con cierto recelo a la nave principal. Ya adentro, entre luces y penumbras, el sonido, las imágenes de unos santos de mirada rigurosa y el fuerte olor a incienso la inquietaron más de lo habitual. Siguió recorriendo el interior.

El ambiente se puso frío de golpe, tanto que se cubrió con el poncho que llevaba al cinto. Velones encendidos crepitaban junto al altar mayor, mientras lúgubres mujeres de negro y arrodilladas, mantenían un monótono arrullo de rezos. Las miró un instante evaluando para adentro:

—¿Serán de mi edad las señoras? ¿Qué gran milagro les habrá concedido su diosito?.

Las ancianas cesaron de rezar mirando fijamente a la parda. Aquellas miradas bastaron, para entender que no era bien recibida en la casa de Dios. Caminó decidida hacia el pasillo central, buscando la salida. Su alma no encontraba justificativos, para algunas actitudes.



Claudio Novillo

*Guerrera de Ébano*

Antes de salir, levantó lentamente la vista. Colgadas del techo más de veinte banderas españolas capturadas en distintas batallas. Todas llevaban una inscripción con el nombre de Fernando VII -Rey de España-. La escena la sobrecogió. La retornó a lugares donde no quería regresar. Recordó al capellán del ejército del norte, enumerando los mandamientos. Ya estaba afuera. Nuevamente en el portal de entrada al que, poco a poco, también fue dejando atrás.

Comenzó a caminar, acercándose a la "Casa del Pueblo" -El Cabildo- donde se sentó unos minutos a la sombra de sus tejas coloradas.

Un guardia apostado en el portón de entrada del departamento de policía, a la par del Cabildo, se armaba un chala.

Lo miro inquieta y escondió aún más el puñal que la acompañaba -la portación de armas blancas se había prohibido y su castigo era la cárcel- mientras otros policías, escoltaban a unos reos mulatos encadenados y en fila, al subsuelo del edificio, donde funcionaba la prisión.

Su mirada se fue perdiendo entre la bruma que venía del río. Vinieron a su mente, imágenes recurrentes de un pasado terrible, plagado de sangre, violencia y muerte.

Permanentes golpes secos de martillos y picos, la regresaron a la realidad. Muy cerca se erguía el Fuerte de Buenos Aires. Obreros trabajaban a todo ritmo, tratando de tapar el otrora gran foso que lo circundaba, repleto de basura y grasa. Cerca de ellos, otros trabajadores, trataban de colocar un enorme y reluciente portón de hierro en la entrada, mientras carretones retiraban los





últimos restos del antiguo puente levadizo.

El presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Bernardino Rivadavia, había iniciado cambios estructurales en el Fuerte desde el año anterior, y ya se estaban culminando. Aún faltaba que arriben desde Europa, unos distinguidos muebles para los solares presidenciales. Los sonidos de los trabajos, por la cercanía y la brisa, llegaban a la plaza causando más de una molestia.

Ella caminó entre los puestos de venta ambulante en la Recova, tratando de no acercarse demasiado a ellos. La experiencia le había enseñado que la gente no es muy bondadosa como enseñan en el catecismo, a la hora de actuar frente a un mendigo y más si se es parda.

Los olores del desayuno impregnaban el aire. Leche hirviendo, miel, bollo caliente, mate cocido, arroz con leche humeante, tortitas fritas, frutas frescas. Varios puestos exhibían cerdos y corderos partidos al medio, estirados y colgados junto a reses recién carneadas, que goteaban una mezcla de agua y sangre, formando pequeños charcos, que eran lamidos por perros.

A unos metros, tiendas ambulantes ofrecían buñuelos fritos, sucedidas por otras que mostraban exuberantes pasas, higos y maní tostado.

También había quienes vendían roscones de pan, tortas y pasta-flora. En otro sector cercano se daban cita los más variados dulces y golosinas. Un mundo de opciones para el paladar y para aquellos que podían sacar unas monedas de su bolsa.

Ese día en particular, se notaba más movimiento que



Claudio Novillo

*Guerrera de Ébano*

el acostumbrado. Por un lado el clima había mejorado y por otro, se estaban tomando decisiones muy serias en lo político, por ello mucha gente concurría al Fuerte, lugar de residencia del Presidente y sus ministros.

Militares, sacerdotes y hombres "decentes", a los que se le sumaban los siempre apurados "carcamanes" - como se les decía a los hombres de negocio extranjeros que pululaban en la ciudad, dándole un tinte especial por la rara mezcla de idiomas- apuraban el paso con dirección inequívoca, a la sede del gobierno.

Aquella figura desaliñada se contradecía con su postura altiva. El aspecto general era un tanto atemorizante y a la vez sereno. Caminaba con pasos cortos, airosa y segura.

Su físico siempre fue privilegiado. Más alta que el promedio de las mujeres, 1,74 metros, bastante para la época, donde hombres y mujeres no alcanzaban grandes alturas.

Su voz grave y profunda, le otorgaba una expresión intimidante. Se había vuelto insensible al frío y al calor, resistiendo sin quejas cualquier sufrimiento físico.

Robusta, lucía un cuello modelado. De carácter taciturno, con cejas bastante pobladas, ojos profundamente negros con mucha expresión, siempre mirando con firmeza y rodeados por unas pestañas largas. Labios carnosos, mellados; a veces cuando sonreía, mostraba unos dientes muy blancos. Abundante cabellera enrulada entrecana, debajo del sombrero de paja, caía trenzada sobre su espalda, hasta un poco antes de la cintura.



En su ropaje sobresalía una vieja chaquetilla del ejército, en tonalidades de azul, estaba muy tizada en varios sectores. Vago recordatorio de una época de sangre y gloria. Un faldón sobado que ya no le quedaba espacio sin remiendos.

Sobre sus hombros un poncho beige de bayetón, hacía las veces de capa y dejaba ver una parte de su aún musculoso brazo derecho. En él, una espeluznante cicatriz, lo recorría desde el hombro hasta un poco más abajo del codo.

Continuó recorriendo la Plaza, como perdida, hasta apoyarse desganadamente, en la blanca pared del Hotel Faunch. El sol hizo brillar unas gotas de sudor en su frente, hasta que se transformaron en perlas multicolores.

—Patrón, patrona un décimo para esta pobre negra olvidada de Dios.

Por un pequeño ventanal se escapaba un humo blanco sutil, casi transparente, que se contorsionaba en mil formas y que transmitía los aromas de la cocina.

La fragancia de los manjares la fue envolviendo y despertando melancólicos recuerdos. No faltó mucho para encontrarse sentada de niña, en un pequeño banquillo de madera esperando "la lechada" -leche con azúcar hervida- a la vera de un fogón con leños crepitantes, al frente de los barracones donde había crecido, en una hacienda junto al río, al oeste de Buenos Aires.

María Remedios Del Valle había nacido en 1767, aunque



Claudio Novillo

*Guerrera de Ébano*

no estaba muy claro; entonces capital del Virreinato del Río de la Plata. Fue anotada como "parda" en el registro de la iglesia, por el sistema de castas vigente. Por sus venas corría sangre africana y desde el nacimiento estuvo sentenciada, por su origen, su raza, su color y por ser mujer.

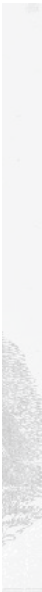
Se crió conociendo de limitaciones, humillaciones, miseria y discriminación. Su familia venía de allá lejos, cruzando el mar. De una tierra que apenas conocía por el nombre del continente: África.

Según contaban los antiguos, su abuela Niara, una bella y robusta negra, había llegado al virreinato junto a otros 150 esclavos, a bordo de un bergantín negrero: "La Consolación".

Nunca tuvo clara su fecha de nacimiento, sólo sabía que había sucedido en una región africana de lo que hoy sería el Congo, en un pueblo llamado "Bantú". Tampoco se conoció cómo transcurrieron sus primeros años junto a la familia, en esa aldea africana, ni en que circunstancia fuera apresada.

A Niara la habían convertido al cristianismo apenas desembarcó, algo que adquirió gran protagonismo en su vida, hasta el punto de utilizar como regla de oro personal, el mensaje cristiano: "trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti".

Entre los siglos XVI y XIX, doce millones de africanos fueron enviados a América, para ser comercializados como mano de obra. Hacinados y en barcos mal adaptados, muchos perecieron en la travesía. El viaje, conocido como "middle passage" o "pasaje medio" en



español, llegaba a durar en ocasiones, hasta tres meses.

Podían caber hacinados, más de cuatrocientos prisioneros, a quienes se los distribuía en las cámaras inferiores de la embarcación. Los hombres ocupan la proa del navío; las mujeres y bebés, que formaban el tercio de la carga, iban en la popa, jovencitos y niños al centro.

El reducidísimo espacio en el que se desarrollaba la vida, implicaba incomodidades y un sufrimiento extremo, incluso en las travesías con aguas tranquilas.

La mujer negra esclava fue definida como un sujeto carente de alma, honor y por lo tanto, propensa a comportamientos sexuales desbocados, a la lujuria y al vicio, por lo que en su gran mayoría, eran manoseadas y violadas por parte de la tripulación reservando para el capitán, obviamente, la más agraciada. Mientras que los hombres permanecían desnudos y si hacía frío, eran apilados bajo la cubierta, para que entraran en calor.

Como animales eran marcados con un hierro candente, para individualizarlos y demostrar la pertenencia al negrero. Ella por ser mujer, recibió su marca en la nalga, la espalda era el lugar donde los hombres recibían la suya. Muchos negros llegaron a matarse para evitar ser marcados y otros se sentían orgullosos de poseerla.

La joven Niara se había convertido en la líder de las mujeres del grupo de esclavos en "La Consolación". Era la voz cantante para exigir mejor trato, comida, agua y todo lo destinado a mejorar las condiciones de esa terrible experiencia. Aunque pocas veces era tenida en cuenta y otras tantas, terminaba con su cara amorata-



Claudio Novillo

*Guerrera de Ébano*

da por los bruscos golpes que recibía. Aunque se supo ganar un lugar, entre propios y extraños.

En el barco se había vuelto costumbre un juego diabólico llevado acabo de madrugada, por un grupo de tripulantes alcoholizados. Aquellos marinos y el ron, mantenían una antigua y casi amorosa relación. Tanto que marinero abstemio era objeto de sospecha incluso, cuando no de total y absoluto escarnio.

Introducían a un niño esclavo de no más de diez años, con sus ojos vendados, a la cámara de las mujeres, a la primera mujer que se aferraba, era la esclava escogida. Era conducida a popa, y violada por el grupo salvajemente. Esta práctica, si bien era conocida por el capitán, también era ignorada.

La práctica de depredar con violencia la castidad de las jóvenes esclavas se mantuvo noche tras noche, entre llantos, gritos y marineros alcoholizados.

Esa noche, el destino, desafío a Niara cuando fuera abrazada por el pequeño. Los marineros riendo a carcajadas bajaron raudamente para desencadenar a su presa, llevándose una sorpresa.

El navío había dejado atrás sin problema, el Cabo de Buena Esperanza, el punto más meridional del continente africano, bautizado originariamente por los portugueses como el Cabo de las Tormentas. Navegaba por aguas tranquilas.

Niara junto a un grupo de mujeres, hartas de ese trato noctámbulo, habían urdido un plan. Durante días, luego de preparar las escasas raciones de comida para



esclavos y tripulantes -con arroz, mijo y bananas - con frialdad y presencia de ánimo, fueron escondiendo con mucho esfuerzo, palos y cuchillos de cocina en su lugar de alojamiento.

—Mejor morir peleando, antes que ser mancillada. Esto les enseñará que molestarnos no es gratis —Se decían.

Sabían que si todo salía mal, incluso entregando sus armas sólo podían esperar una cruel venganza. A las atormentadas mujeres ya no le importaba nada. Hacía tiempo que las prisioneras habían descubierto como zafar de sus cadenas y esta vez estaban preparadas.

A la madrugada la violencia se hizo presente rompiendo la calma en "La Consolación", al irrumpir aquellos hombres alcoholizados, en el camarote de las esclavas.

Los marineros fueron recibidos a golpes y maldiciones en la penumbra. La mayoría de las mujeres que se mantenían encadenadas en la bodega, lanzaban su única defensa: el grito, con el sonido primario de sus voces alertas. Las otras mujeres estaban plantadas y enfrentándolos. Unidas y decididas, pero los infames no se amilanaron. Pese a los golpes, los puntazos y la férrea resistencia, fueron dominando la situación.

La revuelta fue intensa, tanto que despertaron al capitán del bergantín, un experimentado oficial, don José del Corazón Almeida. Un aventurero español a quién se le había otorgado patente de corso para perseguir buques de las naciones enemigas de España quién, por errores y mala conducta, terminó sirviendo en un navío negro-ro contra su voluntad.



Claudio Novillo

*Guerrera de Ébano*

Al arribar a la cámara de las esclavas junto a su segundo, el cuadro era sangriento. Dos mujeres muertas a un costado, una muchacha degollada a otro costado sobre un charco de sangre, un par de mujeres moribundas, con profundas heridas punzantes y sangrando. Y algunas otras heridas. Llantos y gritos.

De los hombres dos habían muerto y otros cuatro habían resultado heridos, aunque sólo dos de ellos de gravedad. Habían logrado doblegar a las mujeres y frénéticos, blandían sus látigos con furia sobre ellas.

Entre estas se encontraba Niara. Tendida en el piso, con su cuerpo sangrante, desgarrado en cientos de tiras de piel y dando alaridos de dolor. Desde aquel momento, le quedaron profundas cicatrices en su anatomía. El látigo fue una presencia continua en la vida de la familia.

A través de las lumbreras ingresaba la luz de la luna, iluminando tenuemente la cabina, por la pequeña puerta apareció el Capitán con un grupo de hombres, ordenando que se detengan con una voz de mando intensa y autoritaria.

Algunos de sus hombres, rápidamente, retiraron a los perpetradores conduciéndolos hacia los jardines de popa, donde esperaron temerosos, la decisión que tomaría el Capitán. Otros se ocuparon de los heridos.

Más que por un tema moral, el capitán estaba enfurecido por la sustancial pérdida económica producida ante la muerte de tres esclavas jóvenes y el grave estado de otras; no obstante quiso darles un escarmiento a las mujeres, sin escuchar razones.





Su segundo de abordó Cristián Alois, un amigo suyo, hijo de una influyente familia aristocrática, intercedió por las mujeres logrando un trato más justo. Mientras que los protagonistas de la aberración, fueron castigados sin excesivo rigor.

Esa misma noche, los cuerpos de las esclavas y los marinos muertos fueron arrojados al mar junto a dos jóvenes mujeres malheridas, que semi inconscientes, no se percataron de su cruel destino.

A partir de ese momento se prohibió en "La Consolación" el abuso de bebidas alcohólicas en la dotación, principalmente del "grog" -ron mezclado con agua- protagonista de grandes borracheras que solían desembocar en situaciones como las vividas.

Por otra parte, se ordenó que curaran las heridas de las mujeres y que se les diera agua. A partir de ese momento, el viaje siguió su curso aunque el trato de la tripulación a expensas del Capitán, se volvió un tanto menos violento con los esclavos.

Luego de una penosa, larga e indigna travesía, encerrados en minúsculos espacios bajo cubierta, hacinados, con el aire viciado, con olores nauseabundos y amarrados todos juntos, con pesados grilletes, fueron obligados a convivir durante casi todo el recorrido, con el producto de sus necesidades fisiológicas. La muerte se instalaba como un lugar común y aquellos que no morían se enfermaban. El hambre y la sed eran compañeros permanentes.

Entre 15 y 20 millones de africanos fueron obligados a cruzar el Atlántico; más de un millón de hombres,



mujeres y niños capturados en África, no sobrevivieron a las condiciones inhumanas de los barcos entre el siglo XVI y hasta comienzos del XIX.

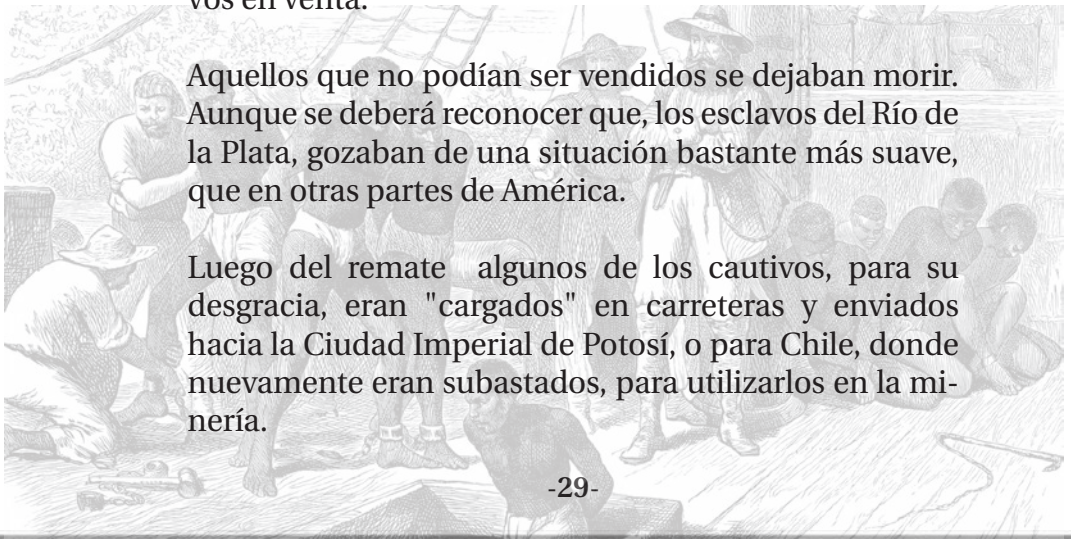
Finalmente, en los últimos días de la travesía eran mejoradas las raciones de agua y de comida; también los marineros quitaban los grilletes de los esclavos para curar las rozaduras, limpiar y afeitar a los hombres, suprimir los cabellos blancos o teñirlos de negro (para acentuar la virilidad y juventud) y untarles el cuerpo con aceite de palma, para que los esclavos tuvieran mejor aspecto y alcanzaran mejor precio.

Ya arribados eran desembarcados en fila y a los empujones. Sobre una pasarela en el muelle, sometidos nuevamente, a un humillante aseo; para posteriormente ser llevados al mercado de esclavos de El Retiro y presentados en subasta pública.

El encargado de la subasta se paraba frente a la muchedumbre allí reunida mientras a los gritos, anunciaba que no daba ninguna garantía de sanidad, por lo que los compradores mismos debían examinar a los esclavos en venta.

Aquellos que no podían ser vendidos se dejaban morir. Aunque se deberá reconocer que, los esclavos del Río de la Plata, gozaban de una situación bastante más suave, que en otras partes de América.

Luego del remate algunos de los cautivos, para su desgracia, eran "cargados" en carreteras y enviados hacia la Ciudad Imperial de Potosí, o para Chile, donde nuevamente eran subastados, para utilizarlos en la minería.



Ella tuvo "suerte", fue comprada junto a dos hermanas, por un mismo estanciero. Lo común era la dolorosa separación definitiva.

Eran destinadas principalmente, para que cumplir labores domésticas y pequeñas tareas de campo, su nueva vida en la estancia no fue tan amarga como cabría suponer. Casi cuatro meses les llevó recuperarse del fatídico viaje, tal es así que una de sus hermanas estuvo al borde de la muerte.

Aunque los esclavos no podían salir de la propiedad, se les permitía participar y generar eventos sociales en el lugar, como los días de los santos, cumpleaños y otras festividades. También en algunas contadas oportunidades y por causas puntuales, eran premiados con hasta dos días de descanso o un permiso para ir a la ciudad; siempre y cuando no existan disturbios, cosa que en otras haciendas o en la misma ciudad, eran totalmente impensadas.

Sus amos -los Álzaga - buenas personas. Exigentes, pero justos. En los años en la estancia no hubo abusos, ni castigos corporales, salvo sobre aquellos que eran violentos, irrespetuosos, ladrones, abusadores sexuales o buscaban escapar dañando a otros. Con ellos no había perdón de acuerdo al crimen, era el amo quién determinaba el castigo. Eran curtidos a latigazos, les cortaban las orejas o hasta los asesinaban.

Los Álzaga estaban al frente de una estancia de más de cincuenta mil hectáreas, principalmente criadores de caballos, ya que los hacendados en esa época, no se preocupaban por criar ganado vacuno que podían

capturar con facilidad -las vaquerías corambreras -, lo que hacían habitualmente, ya se trate para consumo personal o para exportación de cueros como accioneros del Cabildo de Buenos Aires.

En menor escala, producían cereales, lo que no impedía que también se ocuparan de labores fruto-hortícolas y criaderos de animales de corral. Desde hacía mucho tiempo, habían consolidado los vínculos comerciales con Tucumán y el Alto Perú.

En reuniones sociales los señores de la hacienda eran el centro de las conversaciones. No les dejaban de criticar por su forma de tratar a esas "bestias negras".

A don Nicolás de Álzaga, dueño de la estancia y uno de los hacendados más importantes de Buenos Aires, muy poco le importaban las críticas. Él siempre decía jocosamente:

—Sigán criticando nomás lo que hacemos. Al final tendrán las bocas secas y nosotros las arcas llenas.— A lo que agregaba a sus íntimos:

—No entienden. Maltratando a alguien no logras su lealtad, ni que cumpla con eficacia su cometido y sólo se alimentara en él la venganza, aunque tardía y una conspiración continua. Es decir Muéstrale el látigo a cada instante y conseguirás, no sólo un pésimo trabajador, sino un enemigo durmiendo en casa.

En épocas donde no había método de conservación que contenga la abundancia de carne de vaca surgida luego del faenamiento, en la finca los amos y su familia, degustaban y repartían la mayoría de la carne entre pa-

rientes cercanos, luego a la peonada criolla o india, dejando el remanente, los "desperdicios": mollejas, sesos, tripa gorda, chinchulines; para obsequiarla a los esclavos negros.

Estos recibían las carnes con los brazos abiertos. Las esclavas, acondicionaban estos "desperdicios" a través de múltiples mezclas. Con garbanzos, habas, porotos, pimientos, ajos y cebollas, que cosechaban en una quinta de la propia estancia y aromatizándolas, con romero, albaca, tomillo, perejil, orégano y otras hierbas. Así fue surgiendo, por ejemplo, el popular guiso de mondongo, chorizos, morcillas, salchichas, mollejas, entre otros productos. Todo cocinado por un largo tiempo, sobre los fogones.

Los esclavos vivían en cuatro barracones paralelos. Sus tareas principales se limitaban principalmente, a labores domésticas: lacayos, cocheros, cocineras, lavanderas y mucamas. Salvo aquellos que lograban demostrar alguna destreza en alguna tarea específica, que eran utilizados como albañiles, para los arreos, el manejo de ganado de todo tipo, faenamamiento, curtir cueros, siembra, etc.

Muchos hijos de familias distinguidas de la zona fueron amamantados por amas esclavas. Por otra parte, la legislación colonial española sobre la materia fue más humanitaria que la de otras regiones de América.

Fuera del trabajo cotidiano, la historia de sus vidas se iba construyendo en el sector de las barracas. Así fue como la abuela, una estrellada noche de primavera, cuando le explotó la naturalidad del cuerpo, se amancebó con el capataz: Adalberto, algunos años mayor y también par-



do, iniciando desde ese momento, una gran familia.

Doce hijos nacieron de esa unión. Siete fueron mujeres. La abuela se pasó una vida embarazada o dando de mamar, todo un récord, aunque para la época, era lo más normal. Por lo general, las madres tenían hasta ocho hijos, con la esperanza de que algunos sobrevivieran y pudieran trabajar para la familia. Las altas tasas de mortalidad infantil eran un problema importante durante este tiempo.

Adalberto murió al espantarse su cabalgadura y caer sobre unas piedras en el arroyo cercano. Cinco días estuvo desaparecido, hasta que alguien arribó con la nefasta noticia.

La madre de María Remedios se juntó con Apolinario, un joven pardo grandote y más que bueno en el manejo del ganado cimarrón. Un gigante en ternura y severidad. Experimentado faenador, hábil con la cuchilla y muy cotizado en la hacienda. De carácter afable, simpático. Con un claro liderazgo. Hasta el capataz le escuchaba.

La "Tía María" como le decían con afecto todos los esclavos, lo hizo sufrir al negro casi un año, antes de aceptarle. Tuvieron nueve hijos. Siete murieron o en el parto o en los años siguientes. Sólo quedaron María Remedios del Valle y su hermana mayor María Rosario.

También Apolinario las dejó. Su muerte las tomó bien por sorpresa. Un hombre fuerte, vigoroso. Derramaba salud por todos los poros, pero qué le importa eso al destino.

En una marcada, recibió la patada de una ternera.

